

Sobre el discurso de Lerroux

¿En propiedad o por Gracia Divina?

La sensación producida por el discurso de Lerroux, ha respondido perfectamente a la expectación con que era esperado. Es natural y así lo esperábamos. El ponderado espíritu del jefe radical y su gran talento, tenían que enfocar admirablemente la actual situación del país en realidad nada grata poniendo de relieve las causas originarias de tal situación.

El Gobierno, desde aquella crisis tan torpemente solucionada faltando a lo convenido en la reunión de los representantes de Alianza Republicana a la que asistieron cuatro ministros, el Gobierno desde entonces no ha podido obrar más en contra que lo hace de los deseos, de los anhelos, de una inmensa parte del país. Y esta torpeza insigne o esta absurda e incomprensible ceguera, tiene que ser purgada por los que ocupan el Poder.

Que el señor Lerroux ha tenido un acierto insuperable al tratar este punto, lo prueba más aún que la entusiasta acogida que estas manifestaciones han tenido en la opinión, el efecto que le han producido a Largo Caballero. Poco habil para disimularlo ha enseñado la oreja de oligarca en su imprudente comentario. El consejero de Estado en tiempos de Primo de Rivera, no hubiera perdido nada siendo más prudente en esta ocasión.

Periódico tan prestigioso y sensato como «Luz» al comentar el discurso del gran político republicano, dice a propósito del tema que tratamos:

«Pero ahí, en el señor Lerroux, en la masa que le sigue, hay una opinión. Y una opinión respetable y extensa que abarca una gran parte del país. Sería un error que el Gobierno y la Cámara no la tuviera en cuenta. Hay algo en ella que merece la mayor atención; ese afán de or-

den, de tolerancia mutua, de pacificación espiritual que es, indudablemente una aspiración del país. Cualquiera que sea la manera como la ha interpretado el señor Lerroux, es lo que da a su discurso la excepcional importancia política que tiene toda enunciación, aunque sólo sea aproximada de un afán nacional. Quien lo desconozca, camina al fracaso y a la ruina, y hemos de repetir una vez más que por desconocerlo han venido sobre la República muchas dificultades, muchos peligros, muchos problemas graves.»

Y pregunto yo: ¿está claro esto, señores míos?

Ni el Gobierno ni las Cortes han querido—ni por lo visto quieren—reconocer ese afán nacional, vivo, laente, de orden, de tolerancia mutua, de pacificación espiritual, y como eso trae a la República muchas dificultades, muchos peligros y muchos problemas graves, los republicanos españoles que aman la República, piden y pedimos a grito herido, que se vayan de una vez esos señores que tan mal, tan rematadamente mal lo hacen; porque no es que van al fracaso, como dice el colega madrileño, es que están en él desde hace mucho tiempo, es que se agitan, se debaten en él como el naufrago que no sabiendo nadar, cuanto más se agita por salir a la superficie, más y más se ahonda. Y como la opinión ve, reconoce y palpa ese fracaso aunque la testarudez de los fracasados no quiera verla, lo cierto es que vamos camino de la ruina y eso es lo que por natural instinto quiere el país evitar.

Por eso cuando hemos sabido que en la Plaza de Madrid se oyeron gri-

La Acción Política Socialista

Si el pueblo trabajador—en contraposición a pueblo capitalista—se diera cuenta de que su camino es eliminar al capitalismo como individualidad exclusiva, para incorporarlo al tipo único de agente de producción; si viera clarívidamente que es un camino por etapas, por cierto, el que hay que seguir, habría concluido ya de hacer distingos que entorpecen y confunden.

Se suelen emplear palabras cuya valoración ideal no responde a realidades vivas. Hay hechos que se esfuman, y sin derecho alguno se quieren mantener en circulación los vocablos que propia o genéricamente les correspondieron. Los juegos de palabras son siempre peligrosos. Si en ellos entran voces desvalorizadas, lo son aún más. Así, las fórmulas *acción política* y *acción económica* siguen circulando cuando ya va para años que están mandadas retirar. *Socialismo*, *Sindicalismo* y *Comunismo*, se toman por antitéticos, y organizados los hombres bajo estos lemas se trata y consigue enfrentarlos.

¿Quién piensa ya en las viejas fórmulas antes citadas, si la *triple acción política* es un imperativo de existencia, una necesidad táctica, principio, fin, compendio en suma de la acción alternativa del proletariado en sus dos fases evolucionaria y revolucionaria? ¿Oponer al Socialismo el Sindicalismo y el Comunismo! ¡Qué dislate! Dislate en el pueblo enfrentado con el capital. La burguesía, sin embargo, fomentando el antagonismo, llena una necesidad defensiva, pues que retarda la hora en que el reloj de la conveniencia social marque la divisoria entre dos eras: la de la voracidad antieconómica del Capitalismo y la de la comunización humana y económica por cooperación de la riqueza, en las formas de producción y consumo, que llevará a un lucro sin codicias ni odios de casta.

La *triple acción política* es una función soberana y sintética. En sus tres manifestaciones, *sindical*, de *cooperación* y *parlamentaria*, hay que nexionar los métodos. El Estado socialista, una vez conseguido, sin esclavizarse a ninguno de estos tres tipos de acción, los respetará tal cual ellos en sí se manifiestan y tienen razón de existir. Para llegar al Estado Socialista, el Sindicalismo es una etapa, como del Sindicalismo al Comunismo se ha de correr otra.

Sindicalismo y Socialismo persiguen el mismo objetivo: la socialización universal de la propiedad, hoy en manos de los capitalistas; tratan de hacerla actuar en una comunidad de productores en que vaque todo interés particularista de grupo. La indi-

vidualidad, no obstante, no habrá de anularse, porque las diferenciales nativas y de cultura se armonizarán como un timbre de dignidad exentas de todo abuso. La etapa última, prevista y previsible, de la acción conjunta del Socialismo y el Sindicalismo es la realización del ideal comunista. El Comunismo es una meta.

El Socialismo integral, pasando por la gradación sindicalista en un primer avance, hasta llegar al desideratum federativo, esto es, al comunismo puro, si quieren estudiarlo sin prejuicios los individualistas más orgullosamente autosugestionados de personalización diferencial, se convencerán, que ni el sindicato ni la federación de sindicatos se proponen, y aunque se lo propusieran fracasarían, diluir al destacado por naturaleza en el amorfismo de la masa. La unidad humana tendrá siempre su peculiar valor. Lo que dejará de valer es el prestigio por herencia, el prestigio por gracia, la confabulación que pone a unos hombres al acecho de otros para captarlos moral y económicamente.

Todo ha de ser un proceso fundamental de conducta: la violencia cederá a las formas de habilidad mentirosa, atenuando la lucha; tras la mentira vendrá un sincero concierto de intereses no exento de nobles pugnas estimuladoras. Los astutos se humanizarán; triunfarán en buena lid.

¿Y en el interin? Entre tanto, sobrellevemos las impurezas de una realidad superior a nosotros mismos, reconociéndonos esclavos de ella; pero tratando de redimirnos, moldeemos golpe a golpe la efigie de una nueva sociedad e infundámosle alma.

Nuestra visión clara del porvenir sólo la hallaremos el día en que nos sintamos capaces de no maltratar lo que ha de ser de todos: la riqueza, hoy arbitrariamente distribuida. Arbitrariamente, porque los ricos ni son los más ni los mejores. Los más inteligentes, no son los más ricos, no lo son tampoco los de más bondad. Aceptada la inequidad, destruir el capital por no tenerlo en nuestras manos y por la forma arbitraria de su disfrute, es tanto como aniquilar algo propio que por designio inexorable ha de ser, tiene que ser paulatinamente, cada día un poco más, el patrimonio colectivo.

En resumen: Desterremos viejos tópicos; no fomentemos por irreconciliables simples matices de una idea única que requiere una acción conjunta; reconociendo nuestra posición en un proceso evolutivo, fomentémoslo, mas no obremos locamente con el riesgo de involucionar. La *acción política socialista* esto se propone en resumidas cuentas: llegar, subiéndolo peldaño a peldaño, hasta constituir una nueva manera de Estado.

JOAQUIN MARTÍNEZ PERIER

(De «El Obrero»)

tos diciendo: «¡que se vayan!, ¡que se vayan!», nosotros pensamos con satisfacción que muchas horas antes habíamos gritado también desde estas columnas: «¡Váyense ustedes, váyanse!», interpretando el sentir de la opinión española. Porque España no la constituyen la masa de los jabalíes ya calificada por Unamuno; no la constituyen los emperadores del socialismo a los que las masas obreras en Badajoz los repudian dentro de la misma Casa del Pueblo; España la constituyen todas las clases sociales, clases que no cesan de protestar contra las innumerables torpezas de nuestros gobernantes.

No se concibe que se persista tan tenazmente en el error. La protesta de la inmensa mayoría de los españoles, plasmó, se hizo llama viva que ilumina los horizontes de la patria, en las manifestaciones de esas cincuenta mil criaturas que llenaban el circo madrileño procedentes de todas las regiones, de todas las provincias españolas.

Caso semejante no se dió jamás. Expresión más clara de que la voluntad de los gobernados no está representada por los gobernantes, no se vió nunca como ahora se ve. ¿A qué aguardan, pues, esos señores?

El señor Azaña incurre en un error crasísimo al decir que los tiempos en que un discurso derribaba a un Gobierno, pasaron ya; que ahora eran las Cortes las que volcaban un Gobierno por ser éstas la representación del pueblo. Pero, señor Azaña de mi vida, ¡ilustre y tozudo señor, cuando en un país regido constitucionalmente llega un momento en que el pueblo, en que la mayoría de ese país muestra su disconformidad con la gestión de sus representantes, virtualmente esa representación ha desaparecido y se impone por lo tanto la dimisión del Gobierno y la disolución de las Cortes. Y estas manifestaciones de opinión que se acalaron siempre cuando un rey compartía la soberanía con el pueblo, deben ser mucho más acata-

das ahora, cuando no hay más soberano que el pueblo.

Es elemental dentro de un régimen democrático, que debe ser respetada, que debe ser obedecida la voluntad del pueblo. Y la voluntad del pueblo clara y concretamente manifestada, es que se vayan ustedes, es que se disuelvan esas Cortes porque el pueblo entiende que han cumplido su misión, porque el pueblo quiere que cese este estado constituyente para entrar en uno definitivo, de consolidación.

Las representaciones no se heredan, no se adquieren en propiedad es un otorgamiento que hace el pueblo, señor Azaña y usando de su poder soberano, dice ahora a voz en grito: Como te otorgo te desotorgo. ¿Quién puede oponerse a la voluntad del pueblo? O es como tan acertadamente ha dicho el señor Lerroux, que los representantes que el país pueda votar al irse ustedes no son hijos de tan buenas madres como lo puedan ser los actuales? ¿Es que nacieron predesti-

CLINICA SANATORIO

(CON INTERNADO)

Situada en las Alamedas, a cargo del
DR. MIGUEL MARTINEZ MINGUEZ.

Especialista en enfermedades de los ojos :- Ayudante durante cinco años de la Clínica Oftalmológica de la Facultad de Medicina, de Madrid, y del sabio Profesor Doctor MARQUEZ, Catedrático de dicha Facultad
Consulta de 11 a 2 (-)-(-) LORCA